

Reliquia de una raza bienamada

El último hombre de Mary Shelley

Jesús Francisco Conde de Arriaga

SIEMPRE HAY UN MOMENTO EN LA INFANCIA en que se abre una puerta y se deja entrar al futuro, escribió Graham Green. Y si pensamos en los arrebatadores diseños de la imaginación, podemos entender esa congoja por los tiempos por venir que asuelan al ser humano desde siempre. De las imágenes para una publicidad de tabaco que hizo Villemard en la última década del siglo diecinueve, recogidas por Isaac Asimov, hasta la amable Robotina de *Los Supersónicos*, se encuentran pruebas de esa búsqueda inherente al hombre y la pregunta ineludible: ¿qué será de nosotros?, ¿cómo seremos?, ¿en qué mundo compartiremos nuestros caprichos y fantasías?, ¿en qué mar volcado apaciguaremos nuestras ansias?

Las *Visiones del año 2000*, título de la serie del artista francés ya mencionado, nos muestran diversos derroteros delineados en 1899 con profusa inventiva. Una mujer rodeada de diversos artefactos para ser maquillada sin que tenga que levantar un dedo, bomberos provistos de alas mecánicas que les permiten alcanzar las llamas más lejanas o barcos suspendidos en el aire por dos enormes zepelines son sólo algunas de las estampas que Villemard realizó augurando cómo sería el año 2000. Nosotros, pese a estar inmersos en una vorágine tecnológica, sabemos que ni los bomberos tienen alas, ni los barcos vuelan, ni las mujeres se han librado de bocetar con mano propia sus rasgos de concisa coquetería. No importa. La duda está ahí.

Si, como escribió San Agustín, el pasado ya no es y el futuro no es todavía, sólo nos queda un minúsculo reducto para pensarse y construirse





Ilustraciones: Guadalupe Urbina

Mary Shelley
El último hombre
Traducción de Gerardo Piña
México, UAM, 2012, (3 vol.) 665 pp.

a partir de estas ficciones. El pasado es como lo recordamos, no como sucedió, y el futuro no es sino todo lo posible. De ahí que la infancia de los ahora treintañeros se haya ocupado viendo el prodigioso carro que se convierte en una maleta de Súper Sónico o el aparato que en un instante puede hacer un peinado de salón en la cabellera naranja de Ultra Sónico. Entre Villemard y Joseph Hanna y William Barbera se tiende una línea de visiones futuristas que encuentran el mismo destino: la incertidumbre, el futuro que no fue.

Sin afanes de melodrama, el futuro de la humanidad se ha visto siempre inmerso en encrucijadas que han cambiado el modo de entenderse a sí misma: epidemias, guerras, armas nucleares, aviones que se estrellan en rascacielos, en fin. El orden del mundo, cuando menos el occidental, se reconfigura en cada paso, en cada nueva era. De las patinetas voladoras de Marty McFly al Ingsoc para el cual reescribe la historia Winston Smith, de *1984*, de George Orwell, las posibilidades se multiplican, se bifurcan y se expanden hasta construir todo lo que todavía no es.

En 1826, Henry Colburn publica la nueva novela de Mary Wollstonecraft Shelley, quien había escrito

algunos años antes la multicitada y poco leída novela del *Moderno Prometeo*. Si la duda y la incertidumbre es compartida, su origen puede ser, también, incierto. Mary Shelley, la “joven monstruo”, como la llamó Vicente Quirarte, escribió *El último hombre*, y con la novela una parte de su historia, de sus amores, de sus muertos. Jaime Augusto Shelley, en su breve aunque brillante prólogo, define de forma fehaciente el carácter de la novela, su génesis y sus circunstancias. Además, consigna una entrada del diario de la novelista decimonónica en donde se encuentra el trasfondo de la obra. Escribió Mary Shelley: “¡El último hombre! Sí, será mejor que describa los sentimientos de ese solitario ser, sintiéndome yo misma la última reliquia de una raza bienamada, con mis compañeros fallecidos antes que yo”. Esa raza bienamada, no está de más escribirlo, estuvo integrada por P.B. Shelley y Lord Byron, quienes murieron antes que ella, y que mantiene vivos mediante las páginas de *El último hombre*. Perdita, hermana del protagonista de la novela, Lionel Verney, manda una carta a Lord Raymond, Protector de Inglaterra, y en ella escribe “la fúnebre nota del amor, enterrada profundamente, sin resurrección”, versos del *Werner o la*

herencia, escritos por Byron, quien murió de malaria en Grecia dos años antes que se publicara la novela.

Alusiones, citas, referencias y guiños pueblan esta novela de Mary Shelley y mantiene así presente el espíritu de una amistad y un amor labrados con los años. Lionel Verney, el último hombre sobre la faz de la tierra, es Mary misma, quien queda sola con su escritura y los versos de su esposo. Si, como apunta otra vez Jaime Augusto, Mary tenía prohibido mencionar el nombre de Percy o tan siquiera escribirlo, so pena de quedar sin la pensión que sir Timothy, su suegro, le daba, el nutrir sus páginas con los versos del autor de *The Devil's Walk* era el modo de mantenerlo en su memoria. Lord Raymond, quien muere en Constantinopla al igual que Byron; Adrian, el héroe pulcro, valiente y noble en el que se reflejan los rasgos de Percy, y Lionel Verney, quien recorre un mundo desolado y deshabitado con tan solo un perro y Shakespeare como compañía, son muestras del universo personal de Shelley.

Muchas de estas apreciaciones son guiadas por la espléndida traducción de Gerardo Piña, especialista en literatura inglesa. Las múltiples referencias a William Godwin, Edmund Burke y Mary Wollstonecraft son reconocibles por la sapiencia de Piña y su meticuloso trabajo de cotejo e investigación. Prácticamente desconocida en México, esta novela guarda en sus páginas un mundo que no está muy alejado del nuestro. La rapiña, la ambición, el fanatismo religioso o la insignificancia del hombre frente a la naturaleza son rasgos que han permanecido inamovibles a través del tiempo, y casi doscientos años después prevalecen en nuestro imaginario.

La historia de Lionel Verney, el último hombre sobre la tierra, comienza en 2073. Inglaterra es una República y los viajeros pueden transportarse en grandes máquinas voladoras con alas de cisne; la nobleza, pese

a vivir ya fuera de la monarquía, mantiene sus privilegios; el hombre pobre es amado por una señorita de alcurnia aunque su madre se opone terminantemente a la relación; los poderosos luchan entre ellos por la riqueza y el poder. Además, gente de ideales nobles y verdaderos lucha a contracorriente por el bienestar general. Nada nuevo, pues.

Con la peste encima de la humanidad, entre muertos por la guerra y por la epidemia, entre la avaricia y la cobardía dominando los corazones de los hombres, aún queda un resquicio para el amor. Lionel y Adrian —Mary y Percy— están siempre juntos y buscan el mejor modo de salvar a los últimos habitantes del planeta. Viven y sufren la pérdida de sus hijos, dudan, flaquean, lloran, pero se mantienen uno junto al otro hasta que la muerte, literalmente, los separa.

Lionel vaga por el mundo, escribe una historia y espera que tenga algún lector anónimo, un perro y sus libros son los únicos compañeros de viaje. El mundo está desolado. Así como en *La historia interminable* de Michael Ende la Nada invade el mundo, aquí la peste enturbia el ánimo de las personas, separa familias y envilece al hombre. Pero Lionel se mantiene en su jornada sin destino ni motivo alguno:

No guardo esperanza de que las cosas vayan a mejorar, pero el presente monótono es intolerable para mí. No me guían la esperanza ni la alegría; lo hacen la incansable desesperación y un intenso deseo de cambio. Anhele enfrentarme al peligro, estar ansioso por el miedo, tener alguna tarea que cumplir cada día, por pequeña y voluntaria que sea.

Una tarea cada día, solo una para esperar que al abrir la puerta del futuro, ya sea con alas mecánicas, patinetas voladoras o la dicha de saberse acompañado, nos reciba venturoso. ■■■